



LA PERSISTENCIA DE LA CENTRALIDAD La Plaza Mayor de la ciudad americana en los siglos XIX y XX

Ramón Gutiérrez

ANTECEDENTES

La centralidad es una de las características estructurales de la ciudad americana definida en el mismo momento de la fundación.

La definición de la Plaza Mayor marca el elemento clave generador de las calles y las manzanas y —en los sitios mediterráneos— ocupa el epicentro de la traza. Pero el carácter de la centralidad no deviene tanto de una ubicación baricéntrica, que suele ser efímera en la evolución dinámica de las ciudades, sino de la concentración de funciones que la plaza asume. Es obvia la referencia inmediata a la concentración del poder cívico y religioso testimoniado por la presencia del cabildo (eventualmente palacio de gobernadores o virreyes) y la matriz o catedral. Pero no menos importante es el hecho de que el suelo urbano queda jerarquizado en sus valores sociales y económicos en directa relación con su proximidad o lejanía de la Plaza.

Hasta la configuración de los barrios —generalmente en el siglo XVIII— en torno a los conventos o parroquias, la identificación urbana reconocía el hito preciso de la Plaza. Mas aún, la Plaza captaba el conjunto de las actividades que tenían a toda la comunidad como protagonista: el desfile, la procesión, la fiesta cívica, el regocijo y la actividad comercial cotidiana o semanal. En las

ciudades intermedias, la Plaza era también el sitio de la pila de agua que abastecía a la ciudad y permitía el cotidiano encuentro y la socialización de los sectores populares. En todo caso la Plaza Mayor nunca fue un ámbito excluyente y testimoniaba la capacidad de uso de los mas diversos estratos urbanos.

Es cierto que en ciudades superpuestas como México y Cuzco se generó una reorganización donde persistieron rasgos distintivos como el antiguo mercado (tianguetz) indígena o que las enormes plazas prehispánicas fueron fragmentadas y adjudicados usos específicos, pero en general se mantuvo una actividad acumulativa en la gran mayoría de las ciudades americanas.

En la segunda mitad del siglo XVIII, cuando alcanza su apogeo la utilización protagónica del espacio público en los renovados usos del barroco, comienza a producirse un cambio en la utilización de la Plaza.

El mismo deriva por una parte de una dispersión a todo el tejido urbano de las actividades festivas y lúdicas, fruto de la ritualización procesional y la sacralización de los espacios cualificados.

Si la Plaza sigue concentrando las actividades de la “Fiesta Grande” (Corpus Christi o Semana Santa), barrios, parroquias con sus atrios, altares callejeros y recorridos procesionales marcan en lo cotidiano la presencia de la festividad patronal o gremial, el festejo de las cofradías o los actos escolares. La función se desparrama, por lo tanto, de la Plaza hacia el suburbio y jerarquiza alternativamente un ámbito diferenciado de la ciudad.

Otro tanto sucederá –con sentido inverso– con la fiesta cívica. La llegada de un virrey, gobernador o autoridad marca una modalidad de acompañamiento que, originada a la entrada de la ciudad, culmina en la Plaza. Arcos de triunfo, engalanamientos urbanos efímeros o escenografías en las casas, se brindan para acompañar el festejo que se potenciará en el escenario lúdico de una Plaza transformada en eventual “coso taurino”.

La propia función comercial sufre un proceso ambiguo: por una parte el crecimiento demográfico de la ciudad tiende a facilitar la localización de mercados periféricos que atiendan a requerimientos barriales, pero a la vez se consolida una estructura centralizada. Esto último podemos verlo con claridad en el trazado de la Plaza Mayor para la nueva ciudad de Guatemala donde se diseñan los “cajones” para la venta formal en torno a la Plaza, que a la vez mantiene las calles aporricadas. Lo propio se verifica en los proyectos de “Recova” para las Plazas Mayores de Montevideo y Buenos Aires. Este último construido en 1802 señala la importancia que la función comercial adquiriría fragmentando el ámbito militar (junto al fuerte) del cívico religioso (Plaza junto a la catedral y cabildo). Ratificación de la

centralidad y paulatina dispersión de servicios parecen ser pues las modalidades que se afianzan en este proceso finisecular.

Otros elementos que se consolidan a fines del siglo XVIII y adquieren renovado vigor a principios del XIX son los paseos y “alamedas”. Ubicados fundamentalmente en la periferia, próximos a los límites de expansión de la ciudad (Ayacucho), o en los accesos del camino real (Bogotá), integran el conjunto de revalorizaciones ideológicas que plantea la “ilustración” en su recuperación de calidades ambientales rurales.

La idea de un sitio para recorrer, estar o transitar a caballo o en carruaje fuera del trajín y las fricciones cotidianas de la vida urbana, alcanzó gran éxito. Fue tal la aceptación, que se articula esta visión del paseo como una definición física de los límites de lo “urbano” en los diseños de ciudades de nueva fundación como podemos verificarlo en Guatemala o San Juan de la Nueva Orán en el Río de la Plata.

En estos casos se trata de un recorrido perimetral del casco urbano que se entronca con las premisas de las ciudades ideales con tamaño acabado y crecimiento restringido. En otras circunstancias, la “alameda” es un trayecto acotado, inclusive cerrado, que tiene puerta de acceso y remate preciso. Tal los casos de Lima y Arequipa, ubicados del otro lado de los ríos Rimac y Chili respectivamente.

La alameda venía acompañada en las capitales virreynales de México y Lima de un largo trayecto para carruajes que se articulaba con el bosque de Chapultepec en el primer caso, y en el incipiente paseo de las Aguas que estructura el virrey Amat, próximo a la plaza de toros de Acho que señala a la vez la consolidación de espacios lúdicos específicos que se extraen de la Plaza Mayor.

LA PLAZA DEL XIX

Estas tendencias que aparecen explícitas en las últimas décadas del siglo XVIII tienden a consolidarse en la ciudad del XIX con las lógicas alternativas que plantea la alteración del orden colonial.

La Plaza Mayor verá desaparecer en la mayoría de nuestras ciudades capitales la figura del cabildo, suprimido y generalmente reemplazado por la Legislatura (Bogotá-1845 y Cuzco-1848) y/o el nuevo palacio de Gobierno (La Paz, Bolivia-1849). En algunos casos como en Asunción, el nuevo edificio de la Legislatura (1844) seguirá siendo identificado como “cabildo”, mostrando la persistencia formal y de referencia. Lo propio sucedería con la jefatura política construida en Jujuy (Argentina-1863).

Muchas de las iglesias matrices de ciudades intermedias, elevadas a rango de catedral, con la creación de nuevos obispados, cambiaron su edificio por otro de mayor envergadura o transformaron sensiblemente los antiguos, como sucede en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia-1836), Santiago de Chile, Cuenca (Ecuador-1813) o Montevideo. De todos modos, estas transformaciones del paisaje urbano no modifican las condiciones de la centralidad de la concentración del poder civil y religioso que permanece vinculado a la Plaza, ratificando su urgencia. Será en las nuevas décadas del siglo XX que muchos de los antiguos cabildos –aún con sus funciones mutadas– serán demolidos para dar lugar a nuevas legislaturas, casas de gobierno o inclusive, edificios de municipios o alcaldías (Sucre-Bolivia, Santa Fe y Tucumán-Argentina, Lima-Perú, etc.).

Con todo, la primera función que tiende a abandonar la Plaza Mayor, es la comercial. El cambio de gusto urbano en la segunda mitad del siglo XIX, notoriamente inferido por el modelo cultural francés, llevó a la paulatina expulsión de los “ambulantes” indígenas y al traslado del “mercado” que sólo se comenzó a permitir como exotismo dominical y festivo y posteriormente se le reubicó. Para ello se planteó la construcción de edificios específicos para el abasto de la población, conformados como grandes superficies cubiertas, con estructura metálica que en no pocos casos fueron adquiridas en Europa (Maracaibo-Venezuela, Montevideo, Quito, etc.).

No se trataba solamente de una reorganización funcional del abasto urbano sino también de una nueva función que se asignaba, en las últimas décadas del XIX, a la Plaza como elemento de ornato urbano.

Esto implicaba alteraciones de uso. Primero fue la eliminación de la actividad que la utilizaba como “plaza de armas”. Desfiles y paradas militares fueron reclusos a cuarteles específicos o trasladados a las anchas avenidas o paseos. Junto a ellos desaparecieron o cambiaron sus funciones las escasas fortificaciones que estaban próximas a la Plaza Mayor (fuerte de Buenos Aires, castillo de la Fuerza en La Habana).

Coincidió este período de la segunda mitad del XIX con la demolición de murallas para el ensanche de las ciudades (Lima, La Habana, Trujillo) y de diversos edificios militares. En la destrucción de la antigua ciudadela de Montevideo, su patio de armas se transformó en nueva Plaza (Plaza Independencia) que marcó la articulación con el ensanche urbano dando lugar a un importante diseño sistematizado.

Ya hemos hecho referencia al abandono del uso lúdico más complejo, como era la corrida de toros. La formación de las estructuras arquitectónicas específicas desde el XVIII en México, Lima, Buenos Aires y posteriormente en Bogotá o Cartagena de Indias, son ilustrativas de este proceso. Ello no significó

que no se mantuvieran alternativas lúdicas y festivas en algunas plazas hasta avanzado el siglo XIX, como sucedía en Cuzco o Arequipa, pero ellas aparecían circunscriptas. Es que la erradicación de estos usos tenía inmediata relación con la transformación paisajística de la Plaza, con la forestación y colocación de canteros, parterres y césped a la francesa o a la inglesa, que señalaban espacios para ser vistos, para el paseo de pequeños grupos, pero nunca para concentración de multitudes.

De más está decir que, hasta nuestros días, los grandes acontecimientos religiosos y políticos siguen convocando a la población, que se desentiende de caminos, senderos y carteles de “prohibido pisar el césped” con que tratan de limitarlos las autoridades de turno. Un caso peculiar es el de Cuba, donde España apuesta a fuertes inversiones que permitan recuperar su crédito “progresista” frente a los países americanos que se habían independizado. Las obras del “Paseo Tacón” y el equipamiento urbano de La Habana marcan el apogeo de un modo “moderno” de vivir la ciudad.

Comercio y fiesta y otros puntos de reunión específicos se fueron diseminando en la ciudad, conformando ámbitos populares (mercados) u otros exclusivos y excluyentes (clubes sociales, deportivos, teatros líricos, etc.). La Plaza, sin embargo, continuó siendo la referencia de todos y para esta permanencia tuvo singular importancia la construcción de los pórticos de tiendas que renovaron los antiguos soportales en Bogotá (de Gastón Lelarge), en Santiago de Chile (de Mac Clure), en Arequipa (reconstruidos luego del terremoto de 1868), etc.

Se mantiene así una actividad comercial selectiva, recluida en sitios específicos, pero que asegura, con el café, el bar, la pulpería, el almacén de ramos generales, la vigencia de la participación de la Plaza como sitio de encuentro y socialización. Algunos de estos pórticos antiguos mantendrán su nomenclatura original, como sucede con los de la Plaza de Armas de Cuzco, donde Confituras, Mantas, Carrizos o Carnes invocan actividades que ya no son pero que se registran en la memoria urbana.

También la pila de agua dejó de tener aquella función convocante pues el servicio de aguateros a caballo primero y el abasto de agua potable en las últimas décadas del XIX, marcó el fin del ritual matinal y el rumoroso encuentro del personal de servicio. La fuente se integró, según sus méritos y estado, al nuevo ornato afrancesado o simplemente fue erradicada. En otros casos, Santiago de Chile o Cuzco, se colocaron nuevas fuentes.

La Plaza, concebida bajo la influencia de la visión urbana del barón Haussman y Alpband como una “promenade”, un paseo, un sitio para la recreación bucólica, parecía que iba a perder fuerza con esta desagregación funcional.

Hubo etapas donde se recuperaron antiguas tradiciones coloniales. El rollo o picota que señalaba el sitio fundacional de la ciudad había sido también el lugar de ejercitar la justicia. Así la horca funcionó durante el siglo XVI para escarmiento del vecindario en la propia Plaza aunque fue paulatinamente “desplazado” a una periferia menos aparente. Sin embargo, en acontecimientos de supuestos “castigos ejemplificadores” (Tupac Amaru en la Plaza de Cuzco) nuevamente fue la Plaza triste escenario de estos hechos. Durante la Guerra de la Independencia el deseo de “ejemplificación” con fusilamiento de patriotas o realistas, de ajusticiamiento por horca y la intención de atemorizar y escarmentar al disidente, hicieron que muchas de nuestras plazas de armas se tiñeran de sangre en tétrico espectáculo.

Todavía avanzado el siglo XIX, durante las guerras civiles, algunos “civilizadores” entendían que “educaban al soberano” colocando la cabeza degollada de sus adversarios en una pica en el centro de la Plaza. No hay que ir muy atrás para recordar el ahorcamiento masivo de “cristeros” en México por el Ejército Federal, para entender que esta visión de un dudoso “espectáculo” tuvo cultores, que se reiteraron en nuestros días en oscuros “paredones” carcelarios o millares de desaparecidos silenciosamente.

Pero la ratificación de la centralidad vino en muchos casos por la concentración de las nuevas actividades económicas de las áreas próximas a la Plaza como ratificando aquella antigua valoración del suelo urbano.

La localización de las actividades financieras y bancarias, del sector dinámico de la importación-exportación fueron señalando la “tercialización” del entorno de la plaza, donde la función residencial fue rápidamente reemplazada. La conformación de estos nuevos polos que marcaban a fines del siglo XIX la inserción de muchos de nuestros países en el concierto económico mundial generaron a la vez la ratificación del poder para la centralidad urbana, cuyo símbolo evidente siguió siendo la Plaza Mayor. En torno a estas plazas en Santiago de Chile, Montevideo, Arequipa, Valparaíso, Bogotá, Guayaquil o Buenos Aires, se definió el nuevo centro financiero-comercial que consolidó con renovados usos el espacio público de la Plaza.

A ello se sumaría, en algunos casos excepcionales como el de Buenos Aires, que analizaremos luego, la presencia dinámica del puerto y del ferrocarril que ratifican el carácter de “nervio-motor” de la economía, no ya de la ciudad sino del país todo.

Parecía que el siglo XIX había marcado las tendencias dominantes para la vigencia de la Plaza, pero es claro que la primera mitad del siglo XX señala el incremento del proceso de expansión urbana y por ende la definición de nuevos espacios públicos.

La presencia de la Plaza del barrio, del parque o del paseo, no logra sin embargo soslayar la vigencia de la Plaza Mayor. Es que con claridad sus funciones son distintas o llegan a un público más reducido. En el primer caso, las obras a escala de la ciudad toda, como los grandes parques –inspirados a fines del XIX en el Bois de Boulogne parisino– posibilitan una función complementaria a la de la plaza como ámbito de recreación.

La Plaza barrial, a su vez, representa en pequeña escala la presencia de actividades que se realizan en la Plaza Mayor, aunque circunscripta a una comunidad más reducida. Para lograr identidad, estas plazas recurrirán a nuevos atractivos, desde exóticas grutas y cavernas, hasta “lagos” y fuentes de gran tamaño. No faltarán las que incluyen falsificadas ruinas romanas o griegas en ese denodado e ineficaz esfuerzo de convertirse en “cosmopolitas”.

Consolidada la Plaza y su entorno como el centro de poder, las actitudes de las primeras décadas del siglo consistieron en ratificar el carácter de su centralidad dotándolas de una magnificencia que el nuevo estado de “progreso” de las urbes requería. Fruto de esta circunstancia fue el intento regularizador de algunas plazas. Quizá uno de los más notables es el Zócalo de México, donde se adicionó un piso al antiguo palacio de los virreyes y se construyeron edificios gemelos en búsqueda de darle una escala más imponente al conjunto. La idea de “nacionalizar” la Plaza se vislumbra en el proyecto de unificación de fachadas que llevaron a transformar el “magazine” afrancesado (hoy Hotel/México) con la utilización de piedra tezontle en la fachada que da a la Plaza.

El mismo intento de “sistematización” de neocolonial (curioso neocolonial que destruía al colonial auténtico) se habría de plantear en la Plaza Mayor de Lima, donde se realizaron todos los edificios (a excepción de la catedral) y donde para el pionero palacio arzobispal (1928), se propondrán grandes balcones cerrados de madera que abarcan varios pisos.

La utilización de elementos arquitectónicos coloniales fuera de función y escala, en un inútil intento de regresión pasatista, sin embargo estaba marcando ideológicamente el intento de refrendar el carácter de la Plaza como centro de poder histórico. *Aggiornada* pero sobre el soporte de las tradiciones...

El proceso neocolonial llevó, en su grado extremo, a demoler edificios decimonónicos y a reconstruir obras coloniales. Tal es el caso del cabildo de Santiago de Cuba (1954). La tendencia a la construcción de edificios de gobierno de gran envergadura marcó el comienzo de la erradicación de elementos del poder en la Plaza. La construcción de los palacios legislativos de Buenos Aires y Montevideo, con sendos concursos internacionales, marcaron la apertura de una línea que se prolongaría en los “capitolios” de La Habana, Puerto Rico o República Dominicana. Muchos edificios legislativos o de gobierno se fueron relocalizando a medida que la función gubernativa se hizo más compleja y creció la burocracia (Guatemala, Santiago de Chile, México, etc.).

Las propuestas de ramificación rígida y la formación de centros cívicos y gubernamentales por los ideólogos del CIAM llevaron desde la década del 30 a intentar diseños en muchas de nuestras ciudades.

La tentación de concretar edificios de gobierno, ministerios y aislar a una burocracia tecnocrática que pudiera gobernar sin contaminaciones, se lograría finalmente en el proyecto cuasi-utópico de Brasilia, donde la Plaza de los Tres Poderes será el ámbito cargado de connotaciones simbólicas y ausente de toda participación.

Los intentos de Centros Cívicos tuvieron parcial realización en algunos casos (Salvador-Brasil), donde generaron nuevos polos urbanos, carentes de vitalidad y que funcionarían con horarios específicos. El traslado de funciones económicas y financieras que acompañó el abandono residencial del centro de los sectores de mayores recursos, afectó la antigua concentración del poder en el caso de Lima (a la zona norte), o se tendió a disgregar en áreas urbanas diversas (Montevideo, Bogotá, Asunción, La Paz, México, Guatemala).

La Plaza del siglo XX, a la vez, ganó en capacidad de convocatoria como expresión de testimonios masivos de concentración cívica o social, de ámbito de comunicación ciudadana. La Plaza Mayor continúa siendo el punto de referencia de la comunidad, el lugar por antonomasia para los habitantes de la ciudad, el ámbito donde la presión popular puede configurarse como el elemento de poder adicional.

LA PLAZA DE MAYO DE BUENOS AIRES

Como testimonio de estos cambios, desarrollados en breve síntesis, analizaremos lo sucedido con la Plaza de Mayo de Buenos Aires, que si bien responde genéricamente a ellos, tiene peculiaridades propias que la caracterizan. Una de ellas es su dimensión, ya que la Plaza original era mas pequeña y habría de conformarse como un todo de forma rectangular recién a fines del siglo XIX.

En efecto, la plaza se prolongaba en un espacio abierto próximo al Puerte que se localizó en la barranca, junto al Río de la Plata en el siglo XVII, pero que se consolidó como fortaleza y palacio de virreyes a fines del XVIII. El espacio próximo, luego del foso, era utilizado como explanada abierta de “Campo de Marte” para maniobras militares. De allí saldría, paralela al río, la “alameda” dieciochesca.

A comienzos del XIX la construcción del edificio comercial de la Recova cerró este espacio, separándolo visual y físicamente de la Plaza Mayor en que se encontraban la catedral y el cabildo. El entorno de ambas plazas (Mayor y Victoria) se consolidó con la construcción de las primeras casas de vecindad (Altos de Escalada) y la sistematización de los pórticos laterales (Recova), así como el inicio del Teatro de Comedias.

La independencia marcó el carácter protagónico de la Plaza, donde se reuniría frente al ayuntamiento el cabildo abierto del 25 de mayo de 1810, que señaló la ruptura con la metrópolis. La colocación en 1811 de la “Pirámide de Mayo”, marcó el primer hito de carácter simbólico que expresaba al nuevo Estado independiente y que así reemplazaba metafísicamente el acto fundacional de la picota del XVI. Con el tiempo estas propuestas simbólicas adquirirían tal resonancia que casi logran convertir toda la Plaza en un gran monumento.

La ritualización patriótica marcó la conmemoración de las “Fiestas Mayas” y retomó la transformación de la escenografía con arquitecturas efímeras. El propio monumento fue transformado en 1857, atento a que su humildad original parecía desmerecer el carácter de ornato urbano que requerían exigentes viajeros que nos habrían de visitar. En la nueva época se construyó el primer Teatro Colón, con cubierta de hierro traída de Glasgow pues, según decía el arquitecto Pellegrini, “el adelanto de los países se mide por el consumo de hierro”.

Hacia 1885 el Intendente Torcuato de Alvear interpretaba que la Plaza carecía de aquellos empaques que estábamos llamados a representar los argentinos y que el fallido intento de colocar palmeras y cambiarle la fachada al cabildo (ya se había adicionado un pórtico neoclásico a la catedral en 1822), no había perfeccionado la situación. Por lo tanto decidió demoler la Recova, unificar la Plaza y transformarla con áreas verdes, senderos, bancos y eventualmente, recolocar estatuas, demoliendo de paso la histórica Pirámide. El debate fue prolongado y las razones y sinrazones abundantes, pero todos ellos testimonian acabadamente el pensamiento argentino sobre el tema y la confusión ambiente que tendía claramente a ver la Plaza como un lugar para mirar, un escaparate de la ciudad, pero no ya un lugar esencialmente de vida de la misma. La Recova se demolía porque implicaba un comercio “sucio”, una actividad minorista no prestigiada, con el mismo criterio pronto se erradicarían las lavanderas que hacían su trabajo en la barranca del río próxima a la Alameda (ya mejorada en 1844).

La apertura y unificación espacial dio a la Plaza Mayor de Buenos Aires las proporciones rectangulares que definieran las Leyes de Indias (2 a 3 veces ancho a largo). Se planteó, como se dijo, la colocación de pirámides u obeliscos, luego de Arcos de Triunfo, donde el modelo de la Vendome o el París haussmaniano no dejaba de manifestarse.

Mientras en el centenario de la independencia (1910) los niños inocentes escribían en sus cuadernos “París la capital del mundo, Buenos Aires la capital de América” y Clemenceau exclamaba “Buenos Aires, una gran ciudad de Europa”, se realizaba un concurso internacional para un monumento a la Independencia (¿Dependencia?) que se ubicaría en el centro de la Plaza. El concurso fue ganado por los italianos Gaetano Moretti y Luigi Brizzolara, que proponían extenderlo en terrazas y balcones por toda la Plaza. Se retiraba así la estatua de Belgrano (1873), y la pirámide histórica (1811) iría dentro del colosal conjunto escultórico.

Penurias económicas y de materiales generadas en la Primera Guerra Mundial y las protestas ciudadanas, lograron archivar el proyecto cuando ya la Pirámide había sido trasladada a su nuevo destino de catacumbas (1913). La vitalidad de la Plaza parecía haberse vinculado entonces a la base económica que se había desarrollado próxima a la misma. Por un lado la consolidación del eje portuario cuando desde el Fuerte y avanzando en terreno tomado al río, se construyó en 1856 la aduana semicircular con un prolongado muelle. Posteriormente se ubicarían en un extremo de la plaza los almacenes de la Aduana.

La construcción de los *docks* del Puerto que contrata el comerciante Eduardo Madero, asociado con ingenieros ingleses, ubica el epicentro matriz de la economía argentina a un paso de la Plaza de Mayo. Este desarrollo era sustentado por la localización de la antigua estación del ferrocarril (1867) que, ubicada sobre el bajo y la Alameda, a dos cuadras de la Plaza, definía el poderoso carácter de la centralidad.

También desde 1870 se habían consolidado en el entorno inmediato de la Plaza las sedes de los principales bancos nacionales y privados, la Bolsa de Comercio y los concesionarios locales de las grandes firmas exportadoras-importadoras, de seguros y de navegación. La *city* porteña se fue así configurando en un área donde pronto desaparecería el uso residencial. Sin duda que ayudó a ello el parcial despoblamiento que los sectores de mayores recursos hicieron de las zonas tradicionales a raíz de la epidemia de fiebre amarilla (1871) que asoló zonas antiguas de la ciudad que carecían de servicios sanitarios y redes cloacales adecuadas. El poblamiento del llamado “barrio norte” favoreció este vaciamiento de rápida ocupación terciaria, administrativa, financiera y comercial.

También habría cambios importantes en la faz institucional, la construcción de la legislatura (1857) en una esquina de la Plaza, la erección de una primera Casa

de Gobierno demoliendo parte del Fuerte y la construcción del edificio del Correos y el de Rentas Nacionales, señalaban la persistencia del poder público en la Plaza.

Cuando Torcuato de Alvear plantea sus transformaciones se conviene en unificar los edificios públicos en un gran Palacio de Gobierno. La obra, encomendada al arquitecto Tamburini, significó la realización de un gran arco que unificó los dos edificios preexistentes, buscando darles unidad mediante tratamientos y ampliaciones sucesivas (1886-1890). El antiguo cabildo colonial de Buenos Aires desentonaba en la visión afrancesada de la elite porteña con la imagen adecuada para un *Hotel de Ville*. Fue así que, soslayando todos los hiperbólicos discursos sobre su carácter de “cuna de la independencia”, fue objeto de un maquillaje clasicista y la elevación de una torre de reloj más esbelta –es decir, a la altura de las circunstancias– diseñada por Pierre Benoit (1876).

Pero la Plaza, ya afrancesada, carecía aún de aquella prestancia que ensoñaban nuestros munícipes, pues las calles que llegaban a ella eran estrechas, la cuadrícula rígida y sin las sorpresas y desconciertos que nos darían unas eficaces diagonales.

Aún antes de que el trazado de La Plata (1882) se construyera en paradigma de la modernidad urbana, ya Felipe Senillosa y el Dr. Lagos habían propiciado proyectos de diagonales para Buenos Aires (1869-1875).

Hacia 1890 la decisión de abrir un eje haussmaniano estaba tomada y se dio comienzo a la Avenida de Mayo, ensanchando una de las calles que daba a la Plaza y destruyendo parte del cabildo (inclusive la esbelta torre, símbolo ayer de nuevas e inaccesibles grandezas). A la vez, construía el nuevo edificio municipal en el arranque de la Avenida.

En 1906, la visita de Mr. Bouvard, a la sazón urbanista de París, nos ratificó lo que ya intuíamos: no tendríamos la grandeza necesaria si no abríamos unas cuantas diagonales. En su visita breve pero productiva, Bouvard nos sugirió unas 32 diagonales para Buenos Aires y también nos hizo un nuevo plan para Rosario. Eran tiempos aquellos en que la ciudad podía planificarse en breve tiempo y por un solo hombre, con la única condición de que no conociera el lugar a planificar y sobre todo que viniese de París. La operación Bouvard se repetía en San Pablo (Brasil) y luego será Jaussely o el paisajista Forestier (Buenos Aires, La Habana) o Alfred Agache en Río de Janeiro, hasta que la llegada de Le Corbusier nos aseguró más de lo mismo, pero con distintos argumentos.

La apertura de la Avenida de Mayo, nuevo salón de la ciudad, posibilitó la existencia del paseo próximo a la Plaza, que las actividades ferroviarias y portuarias habían descalificado en la antigua Alameda del bajo. Un sitio para pasear en

carruaje, forestado, con amplias veredas donde se proyectaban los cafés a la calle, donde todos iban a mirar y a exhibirse para que los vieran. Una suerte de extensión vital de la Plaza, cuyo destino incierto iba poblando de palomas y árboles que localizara el paisajista francés Charles Thays en una de las tantas reformas.

La construcción del nuevo Teatro Colón en otro sitio de la ciudad facilitó el acceso de la primera institución bancaria a la Plaza (18829 en donde luego habría de construirse el monumental Banco Nación (1940).

La euforia de la posguerra marcó en 1925 el entusiasmo por la renovación urbana marcado sobre los tres parámetros decimonónicos: la higiene, el transporte y una evanescente “estética edilicia” a la cual se sacrificaba todo. Ya la Avenida de Mayo había culminado felizmente con la apertura de la gran Plaza Lorea y la colocación del Palacio del Congreso (arquitecto Víctor Meano, 1904) y los bonaerenses podían señalar la ratificación de la idea haussmaniana de vincular los edificios de los poderes políticos con un eje vial neto.

El transporte planteaba en 1913 el levantamiento de la recién estrenada Avenida de Mayo para colocar el tren subterráneo, el primero de América, terminando por eliminar el cantero central, dando nuevo perfil a la Avenida. Ya desde 1886 habían existido proyectos de galerías comerciales subterráneas en la Plaza de Mayo y también trenes eléctricos voladores con sus rieles a la altura del tercer piso de los edificios. En un mundo de euforia tecnológica, plata fácil y certeza de progreso indefinido, todo parecía posible.

La formación por el municipio de una Comisión de Estética Edilicia en 1925 daría como resultado una serie de proyectos que recogían los apuntamientos de los franceses Forestier, Villeminot, Maillart y Bouvard. En las diversas alternativas, la Plaza de Mayo sería despojada de sus símbolos históricos y de los edificios decisionales que aseguraban el carácter del poder.

Una visión bucólica proponía demoler la Casa de Gobierno para mostrar una “Promenade” sobre el río con obeliscos y estandartes, balcones y eventuales arcos de triunfo que fuesen las puertas de la ciudad para el viajero que llegaba en barco.

Esta recurrente idea de la fachada de la ciudad para el viajero y el inmigrante señala a la vez el carácter de un discurso, donde el propio ciudadano de la misma está ausente. A la vez se demolía —en varios de los proyectos— el antiguo cabildo (ya obliterado) e inclusive a la catedral o se la demolía o se la trasladaba, o se la convertía en Panteón de los Héroes inspirado en Les Invalides.

El resto de la Plaza era para nuestros urbanistas deleznable, debía encararse una rápida acción de demolición para construir allí los ministerios y otras oficinas publicas. De esta visión afiebrada sin embargo, peleando pulso a pulso, se lograron salvar algunas cosas, como los restos del mutilado cabildo, el salón de la legislatura (que quedó dentro del edificio del Banco Hipotecario Nacional) y la Casa de Gobierno (que inclusive comenzó a demolerse en 1938).

Estaban aún pendientes las amenazas de dos diagonales de Bouvard que comenzaron a realizarse cortando otra parte del antiguo cabildo y unificando las alturas de remates y cornisas acotadas su paisaje urbano. El impulso transformador no alcanzó a la renovación sistematizadora y configuró un paisaje urbano desaliñado, sin carácter ni homogeneidad. El debate por la preservación del edificio del cabildo, que se quería demoler para hacer otro simétrico al de la municipalidad, culminaría con la reconstrucción del antiguo cabildo, bien que reducido a la mitad.

La planificación de una Plaza bucólica de palomas y gentiles transeúntes desembocaría en la espontánea movilización popular del 17 de octubre de 1945 que colocó a Perón en el poder. De ahí en más, todo intento de demoler el histórico balcón en que se asomó el líder, quedó descartado, mientras un ritual entre vibrante y festivo se apoderaba de la Plaza en los aniversarios y convocatorias del nuevo calendario político. La Plaza volvió a ser apropiada después de dos décadas de vaciamiento participativo y su “convocatoria” devino sucesivamente en la ratificación, el aval o la pérdida del poder político. Plazas llenas y vacías simbolizaron en el ritual ciudadano, no sólo ahora en la expresión de la ciudad, sino en la escala del país, la vigencia de la centralidad y el poder.

Más allá quedaron los proyectos ratificantes de colocar el aeropuerto en una isla (Amancio Williams) frente a la Plaza. O el proyecto de Le Corbusier de otra isla con 5 rascacielos, *La cité des affaires*, que sería la “palanca de mando del país”. Todos ratifican la centralidad como lo haría hoy la restauración refuncionalizada de los antiguos *docks* del Puerto Madero. La recuperación de la proyección hacia el río, la apertura del sector portuario y el parque a los pies de la Plaza Mayor recalificaran el sector para el uso público.

Hoy como ayer, más allá de la centralidad física, los renovados y acumulados usos otorgan el más firme contenido simbólico a la permanencia de la Plaza como centro del poder.